

que no era posible, contesta que hay gente preparada, y que Coligny estaba á las doce de la noche en palacio y á la una era ya difunto.

El tiempo en tanto se pasa, y dejan para el día siguiente la discusión de estas proposiciones, acordándose que se trataría de tres puntos: primero, del rapto de los diputados; segundo, de la lista de los sospechosos; tercero, del expurgo de todas las oficinas y juntas; y se dan cita para el siguiente día á las seis de la tarde.

Este día, que era lunes 20, se reunió de nuevo la junta, y hallándose entonces presente Pache, le dieron listas en que había nombres de todas clases; pero él observa que no se las debe dar más nombre que el de listas de sospechosos, lo cual era conforme á la ley, porque así se había mandado. Algunos opinan que no debiendo conocerse la letra de ningún individuo, sería mejor dar á copiar las listas; pero otros observan que los buenos republicanos no tienen nada que temer, y Pache añade que le importa poco que sepan que posee estas listas, porque tienen relación con la policía de París que está á su cargo. El carácter sagaz y reservado de Pache no se desmentía queriendo hacer entrar cuanto de él exigiesen en los límites de la ley y de su cargo.

Notando uno de los concurrentes estas precauciones, le dijo entonces que sin duda ignoraba lo que había pasado en la sesión del día anterior, que no tenía noticia del orden de la cuestión, y que era preciso instruirle, advirtiéndole que la primera tenía por objeto el rapto de veintidós diputados. Pache hace observar á esto que todas las personas de los diputados estaban confiadas á la ciudad de París, y que por consiguiente atentar contra su seguridad sería comprometer á la capital con los departamentos y provocar la guerra civil. Entonces le preguntan que cómo es que había firmado la petición presentada el 15 de abril á nombre de las cuarenta y ocho secciones de París contra los veintidós, y Pache contesta que hizo su deber firmando una petición que se le había encargado presentarse; pero que la cuestión propuesta ahora no está en las atribuciones de la junta reunida para tratar del empréstito y de los sospechosos, y que si se continúa así en semejantes discusiones se verá obligado á levantar la sesión. Estas observaciones promueven un gran rumor; pero como nada podían hacer en presencia de Pache, y como no les gustaba ocuparse únicamente de listas de sospechosos, se separan sin citarse para día fijo.

El martes 21 sólo asistieron á la junta como unos doce individuos, pues los unos no querían volver á una reunión tan alborotada y violenta, y los otros juzgaban que no podría deliberarse en ella con suficiente firmeza.

En los franciscanos fué donde al siguiente día 22 descargó todo el furor de los conjurados. Hombres y mujeres mezclaban sus descompasados gritos, diciendo que lo que se necesitaba era una pronta sublevación, no bastándoles ya el sacrificio de veintidós diputados, pues ahora pedían el de trescientos. Una mujer, hablando con el acaloramamiento de su sexo, propuso que se juntasen todos los ciudadanos en la plaza de la Revolución, para ir reunidos á presentar una petición á la Convención, de la cual no saldrían hasta que se hubiesen logrado los decretos indispensables á la salvación pública. El joven Varlet, que hacía mucho tiempo se hallaba en todas las asonadas, presentó un proyecto de

motín en varios artículos, en el que se proponía ir á la Convención llevando tapados con un crespón los derechos del hombre, apoderarse de todos los diputados que hubiesen pertenecido á las Asambleas Legislativa y Constituyente, quitar todos los ministros, destruir los restos de la familia de los Borbones, etc. Legendre le substituye inmediatamente en la tribuna para oponerse á sus proposiciones, mas todo el torrente de su voz no basta á hacerse oír entre aquella tormenta de gritos y silbidos que contra él se levanta, logrando á fuerza de trabajo combatir las incendiarias peticiones del joven Varlet. No obstante, se quería asignar un término fijo para la sublevación y señalar día para ir á la Convención á exigir lo que deseaban; pero hallándose muy entrada la noche, acabó cada uno por retirarse sin haberse resuelto cosa alguna definitiva.

Todo París sabía ya lo que se había dicho, tanto el 19 y 20 en las dos reuniones del corregimiento, como el 22 en la sesión de los franciscanos. Muchos individuos de la *junta central revolucionaria* habían denunciado por sí mismos las especies allí proferidas y las proposiciones que se habían hecho, esparciéndose generalmente el rumor de un complot contra muchos ciudadanos y diputados. La comisión de los doce, que lo sabía todo circunstanciadamente, se dispuso á proceder contra los autores conocidos de las más violentas proposiciones.

La sección de la Fraternidad los denunció formalmente el 24 en una exposición á la Convención, refiriendo cuanto se había dicho y hecho en la asamblea del corregimiento, y acusando enérgicamente al corregidor por haber asistido á ella. El lado derecho aplaudió esta animosa delación y pidió que se presentase Pache en la barra. Pero Marat respondió que los verdaderos conspiradores eran los de la derecha, y que Valazé, en cuya casa se reunían diariamente, les había avisado que se armasen y que llevasen pistolas á la Convención. «Sí, replica Valazé, he dado este aviso porque era necesario defender nuestras vidas, y á la verdad que las hubiéramos defendido.—¡Sí, sí!», gritan resueltamente todos los individuos de la derecha. Lasource añade un hecho de los más graves, es decir, que los conjurados, creyendo sin duda que la ejecución se había fijado para la última noche, habían ido á su casa para llevarsele.

En aquel momento circula la noticia de que la comisión de los doce tenía todos los datos necesarios para descubrir el complot y perseguir á sus autores, anunciándose de su parte que al día siguiente presentaría su informe. La Convención declara entretanto que la sección de la Fraternidad ha merecido bien de la patria.

El mismo día por la tarde promovióse un gran alboroto en el Ayuntamiento contra la sección de la Fraternidad por haber calumniado, según se decía, al corregidor y á los patriotas, suponiendo que querían degollar á los representantes de la nación; que lo ocurrido no había sido más que una propuesta combatida por el corregidor, de lo que Chaumette y el Ayuntamiento deducían que era calumnioso suponer una conspiración efectiva. Sin duda no lo era en el verdadero sentido de la palabra, porque no era de aquellas profunda y secretamente urdidas, como las tramadas en los palacios, pero sí una de esas conspiraciones que puede formar el pueblo de una gran ciudad: el principio de aquellos motines popu-

lares tumultuosamente propuestos y tumultuosamente efectuados por la muchedumbre ciega en 14 de julio y 10 de agosto. En este sentido se trataba de una verdadera conspiración, pero es inútil querer atajar las de este género, pues no sorprenden á la autoridad ignorante y adormecida, sino que la arrastran por más prevenida y avisada que se halle.

Al siguiente día 24 se unieron á la sección de la Fraternidad otras dos secciones, la de las Tullerías y la de Butte-des-Moulins, para denunciar los mismos hechos. «Si no ha de triunfar la razón, decía la de Butte-des-Moulins, llamad á los buenos ciudadanos de París, y desde luego os aseguramos que nuestra sección no será la que menos contribuya á hundir en el polvo á los realistas encubiertos que tomen con insolencia el título de descamisados.» El mismo día escribió el corregidor á la Asamblea para participarle lo que había pasado en el corregimiento. «No era, decía, un complot, sino una mera deliberación sobre la formación de listas de los sospechosos. Algunas *malas cabezas* habían interrumpido la discusión presentando proposiciones descabelladas; pero él había llamado al orden á los que no lo observaban, y ninguna consecuencia habían tenido estos delirios de imaginación.» Se hizo muy poco caso de la carta de Pache, y se atendió á la comisión de los doce, que se presentó á proponer un decreto de seguridad general. Por él se confiaba á la custodia de los buenos ciudadanos la representación nacional y las cajas que contenían el tesoro público; debiendo todos aquéllos acudir al toque de generala al sitio de reunión de la compañía del barrio, y marchar á la primera señal que se les diese, no pudiendo ninguno faltar al llamamiento; y mientras se nombraba un comandante general que substituyese á Santerre, que había salido para la Vendée, tendrían el mando superior el jefe más antiguo de la legión. Las asambleas de sección debían cerrarse á las diez de la noche, y los presidentes quedaban responsables de la ejecución de este artículo. El proyecto de decreto se aprobó en su totalidad, á pesar de algunos debates y de Dantón, que dijo que poniendo así la Asamblea y los establecimientos públicos bajo la salvaguardia de los ciudadanos de París se decretaba el miedo.

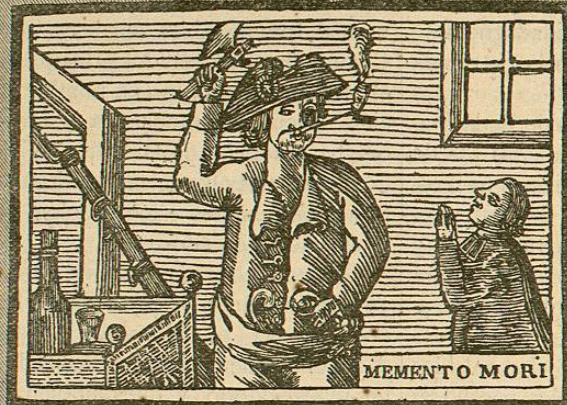
Inmediatamente después de haber propuesto este decreto, la comisión de los doce hizo prender á un mismo tiempo á los llamados Marino y Michel, inspectores de policía, acusados de haber presentado en la junta del corregimiento las proposiciones que tanto ruido causaban. Mandó prender además al substituto del síndico, Hebert, el cual publicaba, bajo el nombre del *Padre Duchesne*, un diario mucho más indecente que el de Marat, destinado, por su lenguaje asqueroso y repugnante, á la inteligencia del pueblo más soez. Hebert insertaba descaradamente en este diario cuanto se decía que Marino y Michel habían propuesto verbalmente en el corregimiento; y la comisión creyó, por lo tanto, que debía perseguir así á los que predicaban una nueva sublevación como á los que querían efectuarla. Apenas se fulminó el orden de prisión contra Hebert, pasó éste muy apresurado al Ayuntamiento á participarle lo que le sucedía y á enseñarle el acuerdo que contra él se había tomado, diciendo que le arrancaban de sus funciones, pero que iba á obedecer. El municipio no debía olvidar el juramento hecho de considerarse perseguido

cuando lo fuese uno de sus miembros; pero él no invocaba el recuerdo de este compromiso en su favor, pues estaba pronto á llevar su cabeza al cadalso, pero sí en favor de sus conciudadanos amagados de una nueva tiranía. Innumerables aplausos tributan á Hebert, y Chaumette el procurador principal le abraza, haciendo el presidente lo mismo en nombre de toda la corporación. Declárase entonces la sesión permanente hasta que haya noticias de Hebert, y se invita á todos los individuos del Ayuntamiento para que consuelen y socorran á las mujeres é hijos de los que estaban presos ó lo estuvieran en adelante.

Una vez declarada la sesión permanente, se enviaba de hora en hora á la comisión de los doce á preguntar por el síndico, privado, según decían, de sus funciones. A las dos y media de la madrugada se supo que sufría un interrogatorio, y que también habían prendido á Varlet. A las cuatro se anunció que Hebert había sido pasado al encierro de la Abadía, y á las cinco fué Chaumette á ella para verle, pero no pudo lograrlo. Por la mañana firmaron los principales miembros del Ayuntamiento una petición para la Convención, y encargaron que la llevase por las secciones gente á caballo para exigirles también sus firmas. En casi todas las secciones había alboroto, queriéndose cambiar á cada momento de presidentes y secretarios, impedir ó hacer prisiones, unirse ó oponerse al sistema del Ayuntamiento y firmar ó desechar la petición que remitía; pero ésta se aprobó finalmente por una multitud de secciones y se presentó á la Convención el día 25. La diputación del Ayuntamiento deploraba las calumnias esparcidas contra los magistrados del pueblo; pedía que se remitiese al fiscal la petición de la sección de la Fraternidad para que se castigase á los culpables, si alguno había, ó á los calumniadores; y exigía finalmente justicia contra la comisión de los doce, que había cometido un atentado contra la persona de un magistrado del pueblo, privándole de sus funciones y encarcelándole en la Abadía. Isnard presidía en aquel momento y debía responder á la diputación. «Magistrados del pueblo, dijo con tono grave y severo, es urgente que oigáis verdades importantes. La Francia ha confiado sus representantes á la ciudad de París y quiere que vivan seguros en ella. Si la representación nacional fuese profanada por una de esas conspiraciones que nos han amenazado desde el 10 de marzo, y de que los últimos que nos han dado parte han sido los magistrados, yo declaro, en nombre de la república, que París sufriría la venganza de la Francia y su nombre quedaría borrado de la lista de las ciudades.» Esta respuesta solemne y magnífica produjo en la Asamblea una impresión profunda. Multitud de voces pidieron que se imprimiese, y Dantón sostuvo que se había dado para aumentar la división que empezaba á manifestarse entre París y los departamentos, y que nada debía hacerse que pudiese acarrear esta desgracia. La Convención, juzgando que bastaba con la energía de la respuesta y con la de la comisión de los doce, pasó á la orden del día sin mandar la impresión propuesta.

Los diputados del Ayuntamiento salieron, pues, sin haber logrado nada, y las secciones emplearon lo restante del día 25 y todo el día 26 en tumultuosas escenas. En todas estas asambleas estaban los ánimos acalorados, dominando ambas opiniones alternativamente,





Je suis le véritable pere Duchesne, foutre.  
GAGNEZ DONC VOS DIX-HUIT FRANCS, FOUTRE  
O U

Grande Colere  
D U  
PERE DUCHESNE

Contre l'Assemblée Nationale, qui s'amuse à  
la moutarde, et qui se laisse mener à la li-  
fiere par les Ministres & par les jean-foutres  
de la premiere législation.

J'ESPEROIS, foutre, que la nouvelle législation  
marcheroit rondement, quelle répareroit toutes

90

Facsimile de la primera página de un número del *Padre Duchesne*

TRADUCCION DE ESTA PÁGINA

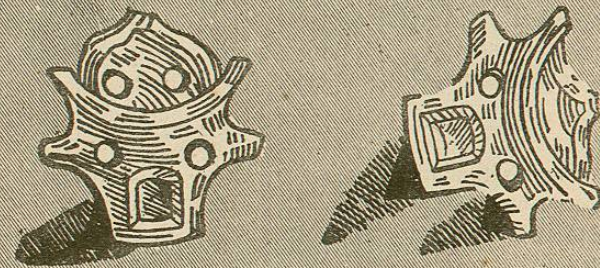
YO SOY EL VERDADERO PADRE DUCHESNE ¡C...! GANAD VUESTROS DIEZ Y OCHO FRANCS ¡C...!  
Ó GRAN CÓLERA DEL PADRE DUCHESNE

Contra la Asamblea Nacional, que se entretiene en bagatelas, dejándose llevar de calle por los ministros  
y por los bergantes de la primera legislación

Yo esperaba ¡c...! que la nueva legislación andaría derecha, que repararía todas

( 8 )

velours, il ne se fiera plus à vous. Ne vous  
laissez pas endormir davantage par le bougre  
de coq. C'est le foutu épicier de malheur, qui  
conduit toutes cette marotte, avec toute la bou-  
gre de clique d'endormeurs de la premiere lé-  
gislation, je le fais, au lieu de Lacroix, foutre,  
rendez lui justice & faites - le accrocher à la  
croix qui porte son nom. Vous délivrerez la  
France d'un vilain & d'un mauvais bougre.



Del'Imprimerie de TREMBLAY, rue Basse, Denis N 11

Facsimile de la última página del mismo número

TRADUCCION DE ESTA PÁGINA

erciopelos, no se fiará ya de vosotros. No os dejéis adormecer más por el canalla. El p... ten-  
dero de desgracia es el que conduce toda esta maraña, con toda la gatería de mitigadores de la  
primera legislación. Yo lo sé, en vez de Lacroix, ¡c...! hacédle justicia, y mandad que le cuel-  
guen de la cruz que lleva su nombre. Así libraréis á Francia de un tuno y de un bribón.

Imprenta de Tremblay, calle Baja de San Dionisio, núm. 11.



según la hora del día y el número variable de concurrentes de cada partido. El Ayuntamiento seguía enviando diputados que se informasen de Hebert: una vez le hallaron descansando, y otra rogó á los diputados que no tuviesen cuidado por él; pero se compadecían de que estuviese tendido en un miserable jergón. Algunas secciones le tomaron bajo su protección; otras se disponían á pedir de nuevo, y con más energía que el Ayuntamiento, que se le pusiese en libertad, y, finalmente, las mujeres, corriendo por las calles con una bandera, querían arrastrar al pueblo á la Abadía para sacar de allí á su querido magistrado.

El motín llegó á su último grado el 27; los perturbadores corrían de una sección á otra para disputarse el predominio á silletazos, y por la tarde concurren cerca de veintiocho secciones para dar su voto sobre la libertad de Hebert y redactar una petición imperativa á la Convención. Viendo la comisión de los doce el desorden que se preparaba, encargó al jefe de día que tuviese disponible la fuerza armada de tres secciones, cuidando de nombrar á la de la Butte-des-Moulins, Lepelletier y del Mallo, que eran las más afectas á la derecha, tanto que estaban dispuestas á batirse en su favor. Acudieron inmediatamente estas tres secciones, y como á las siete de la tarde del mismo día 27 de mayo se colocaron en los patios del Palacio Nacional, por el lado del Carrousel, con sus armas y cañones y las mechas encendidas. Esta fuerza era bastante imponente y capaz de proteger á la representación nacional; pero la multitud que se agolpaba alrededor de sus filas y en las diversas puertas del palacio, el bullicio que reinaba y la dificultad de penetrar en el salón, daban á esta escena todo el aspecto de un sitio. Varios diputados que habían entrado á fuerza de trabajo, y aun sufriendo algunos insultos del populacho, infundieron la alarma en la Asamblea, diciendo que estaba sitiada; pero no había nada de esto, pues si las puertas estaban obstruidas, no por eso se prohibía el paso. Sin embargo, bastaban las apariencias á los ánimos irritados y el desorden imperaba en la Asamblea. Presidía Isnard, y en aquellos críticos momentos se presentó la sección de la Ciudad reclamando la libertad de su presidente Dobsen, detenido por orden de la comisión de los doce á consecuencia de haberse negado á presentar los registros de su sección; solicita ésta además que se suprima la comisión de los doce y que se entable expediente contra los individuos que la componen. «La Convención, responde Isnard, os perdona por vuestra juventud; pero no permitirá que influya en ella ninguna fracción del pueblo.»

La Asamblea aprueba la respuesta, pero Robespierre quiere combatirla, á lo que se opone la derecha, trabándose entonces una contienda acaloradísima, con cuyo ruido y el que reinaba fuera había más que suficiente para producir un espantoso alboroto. A este tiempo llegan á la barra el corregidor y el ministro del Interior, creyendo, según se decía en París, que la Convención estaba sitiada, y al ver al ministro se alza de todos los lados de la Asamblea un grito general, pidiéndole cuenta del estado de París y de las inmediaciones del salón. La situación de Garat era muy crítica, porque tenía que decidirse por uno de ambos partidos contendientes, lo cual no convenía á la templanza de su carácter ni á su escepticismo político; pero como este escepticismo pro-

cedía de una verdadera imparcialidad de ánimo, era una fortuna poder oírle y saber su opinión. Toma, en fin, la palabra y empieza desde el origen de las turbulencias, cuya primera causa, según él, es el rumor esparcido de un conciliábuló que se había formado en el corregimiento para conspirar contra los representantes de la nación. Garat repite entonces con Pache que aquel conciliábuló no era una reunión de conspiradores, sino una sesión legal con un objeto conocido; que si en ausencia del corregidor habían hecho proposiciones criminales algunos ánimos turbulentos, estas proposiciones, noblemente rechazadas cuando se presentó el corregidor, no habían tenido ninguna consecuencia, y no podía verse en esto un complot verdadero; que la creación de la comisión de los doce para averiguar este supuesto complot, y las prisiones que había hecho, eran la causa del actual desasosiego; que no conocía á Hebert, ni tenía noticias en contra de su persona; que únicamente sabía ser el citado Hebert autor de una publicación despreciable sin duda, pero no peligrosa; que la Asamblea Constituyente y la Legislativa menospreciaron siempre los escritos inmundos que se publicaban contra ellas; que el rigor con que se había tratado á Hebert había debido parecer una cosa nueva y acaso intempestiva; y que la comisión de los doce, compuesta de hombres honrados y excelentes patriotas, tenía algunas prevenciones inoportunas, pareciendo que le dominaba demasiado el deseo de mostrar mucha energía. La izquierda y la Montaña aplauden con entusiasmo estas palabras; y Garat, llegando á la situación presente, asegura que la Convención no corre peligro y los ciudadanos que la rodean la miran con el mayor respeto. Al oír estas palabras, le interrumpe un diputado diciendo que él había sido insultado. «Lo creo, replica Garat, mas yo no respondo de lo que puede suceder á un individuo entre una multitud que se compone de hombres de todas clases; pero que la Convención entera se presente á la puerta y yo aseguro que el pueblo la dejará pasar con mucho respeto, saludará su presencia y obedecerá su voz.»

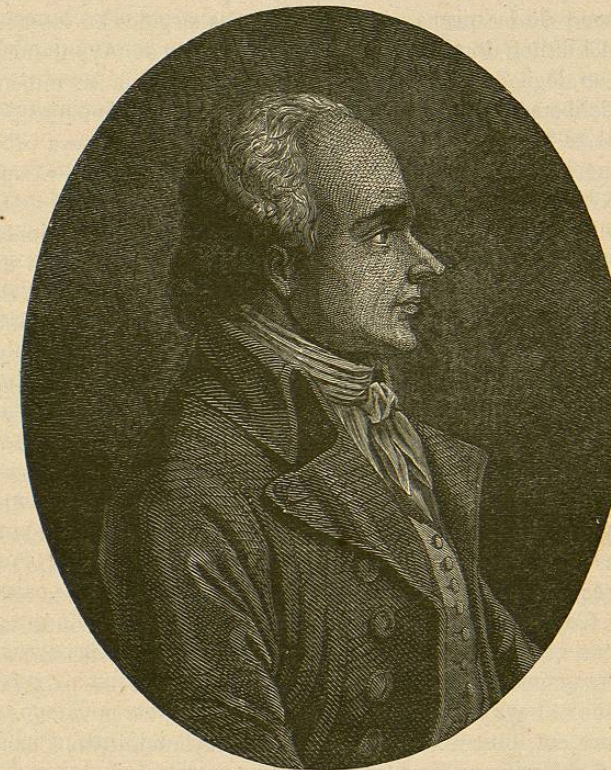
Garat concluye proponiendo algunas medidas conciliadoras, é indicando con mucho acierto que por querer reprimir las violencias de los jacobinos se exponían á suscitarse más graves. En esto tenía, sin duda, razón, porque cuanto más se trata de rechazar á un partido contrario, más se le exaspera y se precipita más la catástrofe; pero cuando la lucha es inevitable, ¿ha de sucumbirse sin resistencia?.. Tal era la situación de los girondinos: su institución de la comisión de los doce era una imprudencia, pero una imprudencia inevitable y generosa.

Concluido que hubo Garat, se coloca noblemente en el lado derecho, que era el que se creía estaba en riesgo, y la Convención vota la impresión y distribución de su informe. Después de Garat, toma la palabra Pache, y, sobre poco más ó menos, presenta las cosas bajo el mismo aspecto; expresa que la Asamblea estaba guardada por tres secciones amigas suyas y convocadas por la comisión de los doce, en lo cual indica que ésta había traspasado sus atribuciones, porque no tenía derecho para llamar fuerza armada; añade que las prisiones de la Abadía se habían reforzado con un fuerte destacamento, y que por consiguiente estaban á cubierto de toda infracción de las leyes; que ningún peligro existía

ya, que la Asamblea podía considerarse enteramente segura, y por último, pide que la Convención oiga favorablemente á los ciudadanos que soliciten la libertad de los detenidos.

Al escuchar esta demanda prorrumpe la Asamblea en fuertes murmullos: «Son las diez, gritan por la derecha; presidente, levanta la sesión.—¡No, no!, responden por la izquierda; óigase á los peticionarios.» Enrique Larivière se empeña en ocupar la tribuna. «Si queréis, dice, escuchar á alguien, sea á vuestra comisión de los doce, á quien acusáis de tiranía, la cual os dará á

truyendo el salón; la noche, los gritos, el desorden y la multitud, todo contribuía á que la confusión aumentase. En medio de este tumulto se pone á votación el decreto, y se expide sin que pueda saberse si se ha aprobado, porque unos dicen que no se ha oído al presidente, otros que no hay bastante número de votos, y algunos, en fin, que los peticionarios han ocupado el sitio de los diputados ausentes, y que por lo tanto el decreto es nulo. A pesar de todo se publica, y los de las tribunas y los peticionarios salen al punto corriendo para ir á anunciar al Ayuntamiento, á las secciones, á los jacobinos



Lanjuinais

conocer sus actos para que podáis juzgar de ellos.» Pero un gran alboroto ahoga su voz, y entonces Isnard, no pudiendo tolerar más este alboroto, deja la silla y la ocupa Herault-Sechelles, que es recibido con aplausos de las tribunas. Consulta á la Asamblea que, ofuscada por las amenazas y el ruido, vota entre aquella confusión que la sesión continúe.

Entran los oradores á la barra, y tras ellos una nube de peticionarios. Piden con insolencia la supresión de una comisión odiosa y tiránica, la libertad de los arrestados y el triunfo de la virtud. «Ciudadanos, les responde Herault-Sechelles, la fuerza de la razón y la fuerza del pueblo son una misma cosa.» Estrepitosos aplausos celebran tan absurdo principio. «Pedís justicia, añade, y se os administrará, que este es nuestro principal deber.»

Otros peticionarios reemplazan á los precedentes, y varios oradores toman después la palabra, concluyendo por redactar un proyecto de decreto por el cual quedan libres los ciudadanos encarcelados por la comisión de los doce, ésta disuelta, y su conducta sometida al examen de la comisión de seguridad general. Era ya muy tarde y los peticionarios habían entrado en tropel, obs-

nos y á los franciscanos que los presos están ya libres y que la comisión ha caído.

Esta noticia dió mucho contento al pueblo é infundió á París un momento de reposo: hasta el mismo semblante del corregidor parecía manifestar un gozo sincero al ver el tumulto apaciguado. Sin embargo, resueltos los girondinos á combatir á todo trance y á no ceder el campo á sus enemigos, se reunieron al día siguiente ardiendo en ira. Lanjuinais especialmente, que ninguna parte había tomado en el orgulloso odio que dividía al uno y al otro lado de la Convención, y á quien perdonaban su empeño, porque no parecía animarle resentimiento alguno personal, se presenta lleno de ardor y decisión á vituperar á la Asamblea la debilidad que había manifestado; y no bien hubo Osselin perdido la lectura del decreto y su redacción definitiva para que inmediatamente pongan en libertad á los presos, cuando se lanza á la tribuna y pide la palabra para sostener que el decreto es nulo y que nunca se había expedido. Interrúmpele los de la izquierda con violentas protestas, pero él les dice: «Guardad silencio, porque estoy resuelto á permanecer aquí hasta que se me haya oído.» No quieren, sin embargo, escucharle más que